

Ramiro Quiroga, los dominicanos José Alejandro Peña y León Félix Batista, el ecuatoriano Edwin Madrid, los mexicanos José Eugenio Sánchez y Román Luján, el nicaragüense Tania Montenegro, los peruanos Lorenzo Helguero, Rocio Silva Santisteban y Rodrigo Quijano, los uruguayos Gabriel Peveroni y Lalo Barrubia, el costarricense Mauricio Ventanas y los venezolanos Arturo Gutiérrez Plaza y Daniel Pradilla.

**El factor Borges**, *Alan Pauls, Anagrama, Barcelona, 2004, 155 pp.*

Para Alan Pauls, bonaerense de 1959, la reconstrucción del personaje Borges consiste en dilucidar el porqué de su apariencia genuina. Con una voluntad de legitimación subyacente, Pauls acota precisiones complementarias y completa lo que él mismo define como un manual de instrucciones: una cartografía orientativa (o simplemente entretenida) que guíe al lector por una cierta literatura. Desde el momento en que formula la existencia de un *factor Borges*, el ensayista trabaja en la demostración de una seña de identidad: el *Leitmotiv* que atraviesa cada composición, la huella digital que implica que Borges sea Borges —o la resignación de ser-

lo— y que el mundo, teñido por su voz y por su lectura, sea cada día un poco más borgeano.

En estrecha e indisoluble relación, la obra, el escritor y su disfraz protagonizan aquí una teoría conexas, basada en el intercambio de métodos y consiguientemente ajena a las antiguas escuelas de la crítica. Téngase en cuenta que Pauls no escribe un ensayo académico, sino una guía curricular, divulgativa, sumamente provechosa para quienes aún no estén familiarizados con los universos del biografiado. De hecho, la sustitución de las notas a pie por un remedo de hipertexto, al estilo de las publicaciones digitales, contribuye a crear la ilusión de un repaso enciclopédico. (Señal de estima: es sabido que, de los diversos géneros literarios, los que más placían a Borges eran el catálogo y la enciclopedia.)

Lúcido y discreto, Alan Pauls emprende la inspección con prudencia, pues sabe que no hay un elemento Borges, sino muchos y diversos, tercamente históricos. El goce de las obras completas (un profuso *patchwork* en frase de Saúl Yurkievich) es el que absorbe el interés de Pauls por encima de todo lo demás: las despliega, las estudia y repasa con entretenimiento, cortesía y sensibilidad, pero habitualmente rehúsa el colofón o la moraleja. Le basta clasificar con algún rigor las marcas distintivas que revelan los textos (la

especularidad y los laberintos, el entrecruce de ficción y realidad, los interrogantes metafísicos, la lectura como forma de ser), para luego detenerse en la voz de Borges; en su puesta en escena, expresamente deliberada. El drama no le era ajeno. Hay una anécdota que insinúa ese último propósito. La cuenta otro tratadista, Alberto Manguel, quien observó cómo el escritor preparaba una charla que éste debía dar en el Instituto Italiano de Cultura. «La ha memorizado frase por frase –dice Manguel–, y repetido párrafo por párrafo, hasta que cada vacilación, cada aparente busca de la palabra correcta se haya asentado sonoramente en su cerebro.» Al iluminar con generosidad la referencia ambiental, Alan Pauls parece sugerir que una de las principales certezas del viejo letrado –en el arte, decía éste, nada es tan secundario como los propósitos del autor– presupone una vanidad anterior: la del tímido que se descifra en sus sueños y luego los dicta en voz alta.

**Entre la Ilustración y el expresionismo. Figuras de la literatura alemana,** Rafael Gutiérrez Girardot, Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2004, 237 pp.

Las modulaciones de la vanguardia alemana encuentran un

excelente sondeo crítico en los ensayos reunidos en este libro de Gutiérrez Girardot. Sin rupturas de articulación, el volumen contrapone los perfiles orgullosos, casi abismales, de Goethe y Schiller, Thomas Mann, Rilke y Kafka, mancomunados filosóficamente con otro grupo de artífices menos difundidos en el dominio hispánico. Evitando las reflexiones insistentemente repetidas por otros colegas, el tratadista mide y desdobra las cualidades literarias y filosóficas de autores que fueron redescubiertos entre los años 1960 y 1980. Tal es el caso de Lichtenberg, a quien califica como un satírico insobornable: un excéntrico que liberó su energía creadora bajo los cimientos de la época de Goethe. Le interesa igualmente Lenz, de cuyo ideario, interpretado por Büchner, se dedujo un fundamento esencial del realismo.

Por un resquicio poético, Lenz y Lichtenberg inician el descenso que nos lleva a los abismos de Nietzsche. Las páginas a él dedicadas comportan algunas de las mejores reflexiones de este volumen. Gutiérrez Girardot repasa una obra en la que el «águila-bufón-poeta» adquiere su máxima eficiencia: los *Ditirambos de Dionysos*, cuyos versos, enigmáticos, excitantes, pujan al compás del vértigo. Al calibrar esa espiral, concluye el tratadista que, en este caso, las contradicciones vie-

nen a ser el taladro con el que el profeta de Zaratustra debilita las certidumbres categoriales de la filosofía occidental. De las constantes aquí establecidas también se apropia otro de los autores analizados, Gottfried Benn, solitario a partir de un arte monológico en el que la negación de la historia encuentra su más clara formulación.

El catálogo enhebra otros hilos de la extravagancia alemana. Así retoma la palabra el fundador del dadaísmo, Hugo Ball, espíritu libre que, por quererse independiente, «sufrió el castigo que depara la sociedad masculinista y gregaria de su país a quien no se integra en el rebaño de lobos con piel de oveja». El autor rescata asimismo al expresionista Jakob Van Hoddis, quien operó por oposición, a contracorriente, presintiendo que ya en su tiempo histórico había (en el cerco de lo real) el adelantamiento del apocalipsis.

Sin descartar rasgos menores, Gutiérrez Girardot reinstala en la actualidad a Ernst Stadler y analiza su concepto de vida, que no sólo significó una ruptura con las conveniencias sociales. Culminando en la noción de lo dionisiaco, dicho concepto se impuso como paradigma de una época íntimamente ligada al horizonte filosófico y teológico entrevisto por Nietzsche.

La obra da cuenta de los temblores biográficos que mejor explican cada texto analizado. Aquí no hay asentamientos firmes. En su mayoría, los personajes reclamados son tipos paradójicos, trastornados por el curso de los acontecimientos. Por ejemplo, al hablar de Georg Heym, el ensayista subraya como cualidad fundamental la exorbitancia, que en el caso de Heym fue doble: «la de la búsqueda infinita de camino y la de su imagen y concepción de la realidad y su presente». Esta inquietud se asocia, sin ausentarse de dicho presente, con el mito de la expulsión del Paraíso. Dato crucial en el caso de Georg Trakl, para quien el destierro bíblico adquirió «la figura de un apocalipsis histórico actual, de una culpa universal irredimible, cuyo peso y castigo asumió (...) con nostalgia de agonía». Por sobrecarga erudita, el texto de Gutiérrez Girardot combina las precisiones conceptuales y el entretenimiento para enterados. De otra parte, el tema cruza fronteras, y por consiguiente, acierta el autor al recordar que la vanguardia alemana, cifrada en el expresionismo, se tradujo en novedad hispánica por medio de Borges, quien aprovechó este legado bajo la divisa ultraista y en otros paréntesis posteriores. De pasada, el libro admite dos

ejemplos de cómo el argentino asimiló ese temario: según se sabe, intercaló en su obra la actitud nietzscheana, y sin perder orden, descifró en español a poetas

expresionistas como Ernst Stadler, Johannes Becher y August Stramm.

Guzmán Urrero Peña

# CHANTECLER



EL SALUDO MATINAL  
AL ASTRO REY DE LOS CIGARRILLOS  
NO SON NI SERÁN DEL TRUST